

ruido ver un escándalo público en la comparecencia de un sacerdote ante los tribunales; pero la impunidad, demasiado frecuente en el estado antiguo de las cosas, tenía consecuencias mucho más lamentables. La vista de un sacerdote que ha incurrido en un castigo y no es castigado es más escandaloso que una causa llevada adelante según las prescripciones de la ley; el procedimiento jurídico legal tiene para el sacerdote la gran ventaja de protegerle contra la calumnia. Por eso la ley que somete á los sacerdotes á la jurisdicción común aumentará la consideración que corresponde al estado eclesiástico. Lo mismo puede decirse de la abolición de las inmunidades eclesiásticas y del derecho de asilo. Me acuerdo que siendo todavía muy joven ví en Ventimiglia que un fraile acusado de un crimen se refugió en un convento (1) que fué cercado durante cuatro semanas por soldados y carabineros; y la impresión que este espectáculo causó en mí y en la población no fué por cierto favorable ni á la religión ni al cargo eclesiástico. Si, pues, estas reformas no pueden perjudicar á la religión, ¿cómo podrían indisponer permanentemente á los sacerdotes contra nuestras instituciones, contra nuestro poder y contra el parlamento? Sería injusto admitir que podrían sentir otra cosa más que un dolor pasajero; sería creerles capaces de sentimientos egoístas, pueriles y bajos. No, estoy seguro de que no nacerá de aquí ningún odio contra nosotros; la inmensa mayoría del clero no se dejará dominar por una excitación pasajera y nos tenderá la mano, que nosotros estrecharemos con alegría, porque tenemos la convicción de que el progreso de la sociedad actual necesita los dos poderes morales más robustos de la época presente, á saber: la religión y la libertad. (*Aplausos en la derecha.*) Por esto no encuentro razón para temer una lucha religiosa.»

Ya al principio de su discurso había hablado de la obligación de reformar el estado constitucional, y había contestado á los que negaban la necesidad de las reformas, bajo el pretexto de que todo estaba tranquilo y no se debía turbar esta tranquilidad, que cabalmente cuando prevalecía la tranquilidad era cuando los verdaderos hombres de Estado debían pensar en hacer reformas útiles; porque entonces podían hacerse con mejor éxito y con más dignidad que cuando el país estaba calenturiento y los partidos utilizaban la excitación pública para obtener reformas á la fuerza. Justamente cuando todo respiraba paz y no se sentía la presión de los partidos extremos, era la ocasión de quitarles el arma que encontrarían después en la conservación de abusos insostenibles, porque cada partido tenía interés en tomar por pretexto una causa justa.

Dijo que no era menester decidir si la situación del país era realmente tan tranquila como parecía á algunos; lo cierto era que la vida constitucional del país era desde un año antes completamente estéril, y ganaba terreno la duda de que las instituciones nuevas fuesen á propósito para producir las reformas que pedían la necesidad del tiempo y la opinión pública. El afecto á la vida constitucional menguaba, no entre las personas ilustradas, que sabían distinguir lo pasajero de lo permanente, pero sí entre las masas, que solo juzgaban por el éxito. No podía negarse que esta situación de los ánimos significaba un grave peligro, tanto más cuanto que el partido que había aceptado la nueva ley fundamental pasivamente, veía que podía tenerse una constitución sin reformas y que aun manteniendo el Estatuto podía haber un pequeño movimiento retrógrado. Este partido, que no le inspiraba serios temores, podía crecer y entonces opondría ma-

(1) Este fraile había matado al esposo de su querida y habiendo sido entregado á la justicia fué devuelto por orden de Roma á su convento.

yores dificultades á la introducción futura de reformas. Por otra parte las reformas probarían á todos los amigos del progreso, que el progreso era posible en un Estado constitucional y que tanto los ministros como la corona lo deseaban, lo cual bastaría en su concepto para votar en favor de la ley. Al concluir su discurso añadió: «En Inglaterra se han visto hombres de Estado de principios conservadores y que sabían hacer respetar el poder que han tenido el valor de realizar grandes reformas, con las cuales no puede compararse la pequeña modificación de que aquí se trata, y las han realizado á pesar de la resistencia de una gran parte de sus amigos que las creían inoportunas. El duque de Wellington, á quien no se negará energía y firmeza, se separó en 1829 de sus amigos políticos y apoyó la emancipación de los católicos, á la cual se opuso toda la Iglesia anglicana, y esto preservó la Irlanda en el año 1830. Lord Grey, al separarse en el año 1832 de la gran masa de su clase, consiguió hacer aceptar á la corona y á la nobleza la ley electoral, considerada como ley revolucionaria y con la cual salvó á la Inglaterra de una conmoción política. Un ejemplo más reciente y más notable dió en 1846 Roberto Peel, cuando á despecho de toda la nobleza territorial realizó una reforma económica que hacia perder á esta nobleza, no solamente una jurisdicción excepcional, sino también una parte de sus rentas; y para lograrlo no vaciló en separarse de casi todos sus amigos políticos y exponerse á lo que es tan sensible para un corazón noble, á ser acusado de traidor y desertor de su partido. Su conciencia le recompensó abundantemente con la certidumbre de haber salvado á la Inglaterra de agitaciones socialistas que conmovían la Europa y que parecía que habían de conmovér á Inglaterra más que á otros países. Así, pues, no debilitan el poder las reformas oportunas sino que lo robustecen y condenan el espíritu revolucionario á la impotencia. (*Agitación.*) Por eso digo á los ministros: seguid el ejemplo del duque de Wellington, de lord Grey y de Roberto Peel, á quienes la historia celebrará como los primeros hombres de Estado de nuestra época; seguid con valor por el camino de las reformas sin temer que no sean oportunas; no creáis que esto podrá debilitar el trono constitucional, antes ganará en robustez y echará en nuestro suelo tan hondos raíces que, no solamente podrá vencer á la revolución cuando llegare á levantar la cabeza sino que agrupará á su alrededor todas las fuerzas vivas de los italianos y conducirá á la nación al destino que le aguarda (2).» Al decir estas palabras hubo una tempestad de aplausos mayor quizá que la que ha recompensado á ningún orador, y como jamás había lisonjeado á Cavour. Ministros y diputados de la derecha y de la izquierda corrieron hacia él para felicitarle y darle las gracias. «Este Cavour, escribió Brofferio en su *Historia del parlamento subalpino*, al cual nadie escuchaba, que para muchos era antipático, que no podía abrir la boca sin excitar ruido y mal humor, que en las ocasiones más solemnes había que despejar las galerías para que pudiese hablar; este Cavour fué súbitamente el héroe del día, fué saludado y celebrado por el ministerio, por el parlamento y por el pueblo.» Estas palabras pintan toda la magnitud del triunfo alcanzado por Cavour, magnitud que gana todavía más, sabiendo que el orador carecía de muchas de las ventajas exteriores que sobre todo en países meridionales hacen la fortuna de los oradores.

Al examinar su discurso del 7 de marzo podrá haber observado el lector su carencia de flores oratorias, de imágenes y comparaciones deslumbradoras. Las palabras no se apartan del asunto; en las oraciones encontramos hechos, ideas, ju-

(2) *Œuvre parlementaire du comte de Cavour, traduite et annotée par J. Artom et Albert Blanc.* Paris, 1862, págs. 66 á 79.

cios y sentimientos; pero no hay ninguna frase que figure solamente como frase. Podría pensarse que lo que faltaba de florido á sus palabras lo suplían la fluidez del discurso, la armonía de la voz y el lenguaje expresivo de los gestos; pero los gestos del conde de Cavour eran, como todo su natural, sencillos y rústicos, sin pulimento; su voz era áspera y sin flexibilidad, y su palabra insegura y vacilante, mientras su pronunciación daba á conocer á cada paso que la lengua italiana no era su lengua materna. Habiendo nacido en Turín en el año 1810, en tiempo del dominio francés, no había aprendido en su infancia más que el dialecto piomontés y el francés (1); y como todos sus amigos, escribió hasta los veintinueve años todas sus cartas en lengua francesa. Solo después, con mucha aplicación y trabajo, estudió la italiana, pero jamás la habló ni escribió con estricta pureza. Pero esta Italia, cuyo hermosísimo idioma tuvo que conquistar Cavour, como después conquistó para ella la libertad y la unidad, jamás ha sido amada tan entrañable y fielmente por ningún genovés, florentino, romano ó veneciano, como la amó este piomontés. Tenía veinticinco años, y había abandonado cuatro años antes la carrera militar para dedicarse á la agricultura y á calmar en la vida del campo el ardor que le consumía, cuando se vio forzado á pasar por primera vez á París, cuya sociedad brillante y deslumbradora contrastaba completamente con la tristeza de su patria, abandonada por las Gracias y las Musas. La condesa Anastasia de Circourt, en cuyos salones el joven Cavour había encontrado cordialísima acogida, creyó leer en el alma del joven Cavour y le propuso que renunciara á su patria y se estableciera en París, donde sus grandes dotes encontrarían la carrera más propia. Cavour le contestó en una carta en la cual se pinta de un modo tan incomparable, que la traduciremos aquí literalmente.

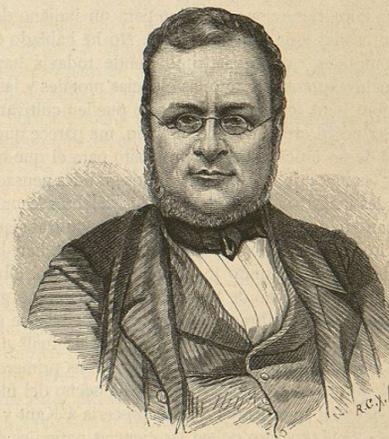
Solo las personas que realmente tienen gran corazón ejecutan actos verdaderamente grandes; cosa que el mundo no suele ver en los contemporáneos, porque no puede penetrar en lo íntimo de su corazón, y si lo pudiese no miraría imparcialmente lo que allí encontrara. La posteridad es más feliz en esto, y respecto del alma de Cavour tiene una vastísima correspondencia suya, pues Cavour no podía escribir á amigos y parientes sin hablar de los padecimientos y esperanzas de su pueblo. La carta que escribió á la citada condesa en París, en mayo de 1835, es una verdadera perla y dice así (2):

«No, señora, no puedo abandonar mi familia ni mi patria; á ello se oponen deberes sagrados que me tienen amarrado al lado de mi padre y de mi madre, que jamás me han dado el menor motivo de queja. No, señora, no hundiré un puñal en el pecho de mis padres; jamás seré ingrato para con ellos y no les abandonaré hasta que nos separe la tumba. ¿Y por qué, señora, abandonaría mi patria? ¿Para adquirir celebridad en Francia como literato? ¿Para correr detrás de una migaja de fama, de un destello de celebridad, sin alcanzar jamás la meta que mi ambición se propusiera? ¿Qué podría hacer á favor de la humanidad fuera de mi país? ¿Qué in-

(1) Su familia era antiquísima, fundada, según se dice, por el año 1080 por un peregrino sajón llamado Huberto Benz que inmigró en el Piamonte, y del cual data el escudo de armas de la familia, que tiene el lema en lengua alemana: Dios quiere el derecho. Cierta es que por el año 1150 existió en Chieri una familia patricia llamada Benso, á la cual pertenecían en feudo los pueblos de Baldissero, Ponticelli y Santena. En el siglo XVIII, en tiempo de Carlos Manuel III, fué agraciada la familia con el título de marqués de Cavour. Véase la obra de Chiala, primer tomo, pág. 11.

(2) *Lettere edite ed inedite raccolte ed illustrate da Luigi Chiala, deputato al Parlamento*, vol. I-VI, Turin, 1883-1887; D. Bertú: *Il conte di Cavour avanti il 1848*, Roma, 1886; *Il diario inedito del conte di Cavour* (1833-1835).

fluencia podría ejercer á favor de mis hermanos infortunados, desterrados y proscritos, en un país donde el egoísmo ocupa todos los altos puestos de la sociedad? ¿Qué hace en París toda esa multitud de extranjeros á quienes el infortunio ó su propia voluntad ha echado de su hogar patrio? ¿Cuál de ellos se ha hecho verdaderamente útil á sus prójimos? ¿Cuál de ellos ha llegado á un alto puesto y á ejercer influencias sobre la sociedad? Ninguno. Hasta aquellos que habrían llegado á ser grandes en el país que les vio nacer, vegetan oscuramente en el torbellino de la vida parisiense. Las tormentas políticas que han devastado la Italia han obligado á sus hijos más nobles á huir lejos de su patria. Lo que mi país poseía en inteligencias distinguidas en todos los ramos se ha expatriado voluntariamente y la mayor parte de estos nobles fugitivos han llegado á París; mas ninguno de ellos ha realizado



Cavour

(copia de un grabado de Metzmacher, del año 1860)

las brillantes esperanzas que con justicia podían haberse fundado en él. Todos los que he conocido personalmente me han destrozado el alma al ver que sus grandes dotes han quedado estériles. Un solo italiano ha conquistado nombradía en París, donde ha alcanzado una posición; es Rossi, el profesor de derecho penal. Este hombre, el más inteligente de Italia, el genio más flexible de la época, acaso el talento más práctico y más capaz del mundo, ha llegado á obtener una cátedra en la Sorbona y un sillón en la Academia, la meta más elevada á que puede aspirar su ambición en Francia. Pues bien: Rossi, que ha renegado de su patria, que para nosotros ya no puede ser jamás nada, en un porvenir más ó menos distante habría podido desempeñar un papel importantísimo en los destinos de su patria y haberse creído capaz de guiar á sus compatriotas por las nuevas sendas que la civilización abre diariamente, en lugar de enseñar á discípulos que nada aprenden. No, no; huyendo de la patria porque es desgraciada no se llega á la celebridad. ¡Ay de aquel que abandona con desprecio el país que le vio nacer, que reniega de sus hermanos como si no fueran dignos de él! Por lo que á mí me toca, estoy decidido á no separar jamás mi suerte de la de los piomonteses. En la suerte y en la desgracia perteneceré toda mi vida á mi patria; jamás le seré infiel, por seguro que esté de encontrar en otra parte la suerte más brillante.

»Prescindamos, sin embargo, del deber, de mis deberes de ciudadano y de hijo; ¿qué porvenir ganaría si renunciara á la Italia por la Francia? ¿Qué haría yo en esta Francia? ¿Cómo

alcanzaria yo aquí importancia y fama? El único camino que podría seguir sería el de la literatura. No, señora; confieso francamente que no me creo con talento para la literatura; mi inteligencia es de pensador, no es de inventor. Sería en vano que me esforzara por desenvolver en mí las dotes de la imaginación, de la cual no tengo ni el germen. Jamás he podido hacer la mas pequeña fábula ó historieta para divertir solamente á un niño. Por mucho trabajo que me impusiera, jamás llegaría á ser mas que un autor mediano, una pluma de tercera categoría. En las artes solo conozco un puesto, que es el primero. Pero si la literatura no puede ser mi porvenir, ¿por qué no podría serlo el vasto imperio de las ciencias naturales? Podría llegar á ser un profundo matemático, un gran físico y hasta un distinguido químico. Podría adquirir nombre en la Academia y celebridad entre los hombres científicos, que es una manera como otra cualquiera de tener fama; pero esta fama tiene poco atractivo para un italiano de mejillas sonrosadas y de sonrisa infantil. No he hablado de las ciencias morales, campo vastísimo donde todavía hay que abrir muchos surcos. Yo amo las ciencias morales y las amo con pasión; pero ¿cree usted que solo pueden cultivarse en París? Yo no lo creo; muy al contrario, me parece que esta sociedad de ficciones es poco á propósito para el que quiere penetrar las leyes de la humanidad. Los grandes pensadores, los grandes maestros de los deberes, los célebres economistas no han vivido en las grandes capitales; han trabajado en el silencio de sus oscuros rincones, desde donde han hecho resplandecer por el mundo los rayos de su genio. Observe usted: ¿qué se ha hecho de los individuos que como genios prematuros han asombrado á la sociedad parisiense por la deslumbradora rapidez de su desarrollo intelectual? ¿Cómo se han cumplido las promesas brillantes de sus primeros pasos en el campo de la ciencia? ¿Qué se ha hecho del filósofo Cousin, del cual se esperaba que oscurecería á Kant y á los escoceses? ¿Qué progreso deben las ciencias naturales á Lermínier y á sus cofrades parisienses? Ninguno. Hasta esta hora estos embriones de genios no han dado ningun nombre grande, como los que han producido los alemanes y los filósofos franceses antiguos. Solo uno habría llegado á ser en mi juicio verdaderamente grande en la ciencia, si la política no le hubiese arrojado lejos del estudio. Me refiero á Guizot, el gran pensador de la época; pero también él está perdido para la ciencia y la ha abandonado á sus discípulos, que no la han hecho progresar.»

Dime con quién andas y te diré quién eres. Este adagio se aplica con mas justicia todavía á la compañía intelectual que á ninguna otra. Dime las inteligencias que lees y consultas cuando quieres entrar en tí mismo; cítame aquellos que te parecen grandes y á los cuales quisieras asemejarte, cuyo modo de pensar y obrar está delante de tu imaginación cuando quieres tomar una resolución seria y solemne, y yo te diré quién eres tú. La primera mitad de la carta de Cavour nos dice quién era él á los veinticinco años como ciudadano y patriota. En la segunda mitad le vemos como hombre moral, como pensador y como carácter; nos lo dice en sus juicios acerca de las celebridades ficticias de la monarquía de Luis Felipe. La sociedad vanidosa de París no seducía á Cavour; lo que le atraía eran la teoría de los deberes de Kant y el noble idealismo alemán. Para Cavour la Francia podía llegar á ser muy útil, muy valiosa y hasta indispensable, pero jamás podía ser mas que un medio para alcanzar su objeto.

Cavour, con una independencia de espíritu que ningun otro italiano del tiempo moderno ha tenido, eligió desde su primera juventud su ideal de vida, y arregló su carrera conforme á este ideal con una madurez de juicio que apenas se comprende.

Como hijo menor de la familia, se le destinó á la carrera de las armas y á la edad de diez años, en 1.º de mayo de 1820, entró en la academia militar de Turin, en la cual continuó hasta el 14 de setiembre de 1826. Uno de sus condiscípulos se ha acordado de la siguiente escena de aquel primer periodo. El jóven conde tenía una aptitud enteramente especial para las matemáticas, y un día le dijo el profesor de esta asignatura que si se aplicaba podría llegar á ser un gran matemático como el célebre Lagrange, á lo cual contestó Cavour: «Ha pasado el tiempo de dedicarse á las matemáticas; es preciso estudiar la economía política: el mundo adelanta. Espero ver gobernado mi país por una constitución ¡y quién sabe si no seré yo su ministro!» En efecto, en 2 de octubre de 1832 escribió á la marquesa de Barolo: «Hubo un tiempo en el cual nada me parecía superior á mis fuerzas y hubiera creído muy natural despertarme una mañana siendo ministro y dirigiendo el reino de Italia (1).» Este ensueño de un reino de Italia estaba en su mente cuando la juventud patriótica de su país no esperaba la unidad y libertad de la nación sino de la república. Por lo pronto tuvo que contentarse con ser mero dependiente de un futuro rey, porque en 9 de julio de 1824 le admitió el príncipe de Carignan, Carlos Alberto, entre sus 24 pajes; pero á pesar de todas las distinciones que le proporcionó esta posición, le repugnaba tanto que cuando en el año 1826 salió de la academia militar para entrar, con el grado de subteniente, en el cuerpo de ingenieros, lanzó una frase respecto de su librea de paje que Carlos Alberto, gran protector de su familia, no le perdonó jamás (2). No solamente el servicio en la corte sino también el militar se le hicieron pronto insoportables, porque para él eran una esclavitud que le hacia despreciable á sus propios ojos. Ocupado en las obras de fortificación de Ventimiglia, escribió en 30 de noviembre de 1828 á su hermano mayor, Gustavo, una larga carta que nos revela sus padecimientos morales, porque dice: «Mis opiniones me han atraído reconvenciones sangrientas, pues se me ha dicho que habia renegado de mis antepasados y hecho traición á mi país y á mi casta; y, no obstante, el cielo es testigo de que preferiría acabar mi vida en un calabozo á cometer una acción indigna de mi nombre y de un hombre libre, dignidad superior á todas; que sufriría gustoso mil muertes por mi país ó por el bien de la humanidad si creyese poder serles con esto verdaderamente útil. ¿Es por ventura culpa mia que vea las cosas de otra manera que ellos? ¿No soy dueño de mis convicciones? La mayor parte de sus doctrinas es tan inaceptable como si quisiesen hacer creer que dos y dos son cinco. Si estoy en un error, debería tenerse lástima en lugar de reprenderme. Si me hubiese dejado extraviar por una ambición loca, un odio cruel ó pasiones bajas hasta renegar de los preceptos de mis mayores, no habria palabras bastante fuertes para estigmatizar semejante conducta. Ciertamente todas las consideraciones personales y la perspectiva de ventajas probables políticas y materiales me convidan á combatir bajo la bandera del absolutismo; pero un sentimiento innato de dignidad moral, que he conservado siempre, me ha apartado de una conducta cuya primera condicion era renegar de mis convicciones y ver y creer con los ojos y la razón de otros hombres. Cuanto mas adelante en años y cuanto mas observo el curso de los sucesos, tanto mas creo que no me he engañado del todo. El tiempo solo puede decidir si mis opiniones son acertadas y sólidas.» A esto sigue una confesion de aquel teniente de diez y ocho años, que indica una precisión notabilísima de

(1) Chiala, tomo I, pág. 6.

(2) Carta de Cavour del mes de octubre de 1847. Chiala, tomo I, página 113.

observación de sí mismo y que revela la razón por qué un hombre enérgico no puede vivir en una situación falsa. Dice Cavour que el mayor peligro para un espíritu pensador es el sentimentalismo, pues «de él vienen los tonos falsos que finalmente desafinan todo el instrumento y le hacen incapaz de dar ninguna nota.» La apatía era lo que Cavour temía mas en su situación falsa, llena de contradicciones y en continua lucha con todo lo que le rodeaba; así dice: «Si me entregara á la apatía, me arruinaría un solo paso en falso y me es indispensable la energía del alma; de modo que me he de defender con todas mis fuerzas contra lo que pudiera debilitar la de mi carácter.»

En marzo de 1830 fué trasladado á Génova á la dirección del cuerpo de ingenieros, y en esta ciudad tan llena de luz y de vida sintió por primera vez el influjo del sol de Italia y la magia de la libertad de espíritu, que no habia conocido en el mustio cuartel de su ciudad natal; cuando fué trasladado otra vez á Turin, en diciembre del mismo año, le pareció como un castigo; y cuando en 5 de marzo del año siguiente fué trasladado al fuerte de Bard, en el valle de Aosta, le pareció lo que era, que habia caído enteramente en desgracia (1). El rey Carlos Félix habia ordenado este traslado por recomendación de Carlos Alberto para castigar al jóven Cavour como carbonario impenitente. Durante su destierro en Bard realizó con permiso de sus padres la resolución de tomar su licencia, que le fué concedida en 12 de noviembre de 1831 con el derecho de usar el uniforme de teniente de primera clase. En su carta á su madre dijo: «Con esta resolución se va la esperanza que mas ha acariciado mi corazón de ser útil con mis débiles fuerzas en el servicio de mi rey y de mi país; sin embargo, me consuela la idea de que al entrar en la vida privada continuaré con el mismo celo de antes los estudios empezados, y aunque lejos de la marcha de los sucesos me esforzaré siempre en poder ser útil á mi patria, aplicando en la vida privada los conocimientos que haya adquirido. No quiero renunciar á la esperanza de que se presentará alguna ocasión favorable para emplear en dicho objeto mis conocimientos de una manera mas directa y mas eficaz.»

Emprendió entonces el aprendizaje de la agricultura en una hacienda que su familia tenia en Grinzano, en la provincia de Alba, y siendo al principio tan ignorante que á lo mas sabia distinguir una col de un nabo, hizo tales progresos con su aplicación gigantesca que en el año 1833 pudo encargarse de la explotación de las grandes haciendas de Leri, que su padre habia adquirido poco antes. Allí, dice Guillermo de la Rive (2), desplegó una perseverancia, energía, osadía, perspicacia y espíritu administrativo y de inventiva tales que habrían bastado á transformar la riqueza territorial de un reino. «Era preciso haberle visto cómo al rayar del día ya habia dejado la cama, cómo inspeccionaba los establos y enviaba á sus puestos á los trabajadores y los vigilaba, expuesto al sol durante la canícula, dirigiéndolos hasta en las menores cosas; cómo tenia la vista siempre despierta para todos los descubrimientos de la química y de la mecánica; cómo hacia multitud de experimentos y juzgaba con casi infalible acierto sus resultados, abandonando los unos para repetir los otros en mayor escala, con un atrevimiento temerario que espantaba á sus buenos vecinos cuando solicitaban su consejo, que siempre les daba alegre, y expuesto en tono de broma para

(1) En su mencionada carta del año 1847 dice Cavour, por un error de memoria, que este traslado fué uno de los primeros actos de gobierno del rey Carlos Alberto, cuando éste subió al trono seis semanas despues. Bertí, pág. 119.

(2) En los *Recits et souvenirs*, que se encuentran copiados en Chiala, tomo V, pág. 434.

animarlos, pero siempre claro y preciso.» A pesar de esto, le quedaba aun tiempo para los estudios que habia cultivado en sus ocios siendo teniente y que le prepararon para ser despues ministro del reino de Italia.

Hace poco que se ha publicado una carta que el baron de Cassio, amigo íntimo de Cavour, le escribió desde Niza en 20 de agosto de 1832, para ayudarle en sus propósitos de siempre: «Tus planes para el porvenir me parecen bien meditados y son dignos de tí. Es verdad; el que quiera trabajar para el bien de la nación propia, no debe dejarse apartar de esta idea por pensamientos personales de segundo orden, sino que debe estudiar sin descanso la lengua, la historia, las costumbres, las leyes, etc. No puedo alabar bastante tu generosa idea de italianizarte. Animo, Camilo; no debe desconfiar de sus propias fuerzas el que tiene tus dotes y fortaleza. Piensa lo que dice Manzoni (*Conte di Carmagnola*): Desde el momento en que el fuerte diga: quiero, comprende que tiene mayor dominio sobre sí del que antes creía tener. Me gusta tu plan de disposición para tus estudios italianos. La lengua latina es fastidiosa de estudiar, todo el mundo lo sabe; pero es, como tú aseguras, indispensable para todos los que no quieren contentarse con una mirada superficial al italianismo, que es el conjunto de las cosas de Italia.» Lamenta despues la insuficiencia de las gramáticas italianas y recomienda á su amigo la lectura de los historiadores Guicciardini y Botta y una permanencia en Toscana ó un criado de allí para aprender á hablar el italiano como un italiano.

Pronto dió pruebas brillantes como autor en materia administrativa y de economía nacional y política, tanto que al leer su primer trabajo publicado, César Balbo, lleno de júbilo, dijo en la *Gaceta piemontesa*: «Tenemos un autor mas, un autor serio y profundo que no se entretiene en frivolidades, un autor útil como pide y debe pedir el país.» Cavour se habia procurado los *libros azules* apenas publicados en el año 1834, que contenian la discusión parlamentaria sobre la aplicación de las leyes de beneficencia en Inglaterra, y su trabajo publicado y que tanto habia entusiasmado á Balbo, llevaba el título de: «Extracto del informe de los comisarios de S. M. Británica, que han dispuesto una investigación general sobre la administración de las rentas procedentes del impuesto de pobres en Inglaterra.» Esta era una verdadera obra maestra de claridad en una materia tan vasta de hechos y disposiciones legislativas, para servir de material en la resolución de la gran cuestión de socorrer la verdadera miseria sin fomentar la pereza de brazos y de pensamientos con los mismos medios que habian de servir para socorrer la indigencia.

Del tiempo del gran viaje que le condujo en 1835 á Francia, Inglaterra, Bélgica y las comarcas del Rhin existe una memoria de Cavour sobre el mejor método de la sericultura, en cuya memoria se distingue el jóven autor económico de todos los demás autores en este ramo, con gran ventaja suya; pues la ciencia económica dominante parecia no perseguir mas ideal que el lucro, por cuya razón sus obras venian á parar en la tiranía del capital, bajo cuyo dominio el rico se hacia siempre mas rico y el pobre siempre mas pobre, mas miserable y mas esclavo.

La ciencia de gobierno de la clase media, que habia elegido por rey á Luis Felipe, preguntaba siempre en las cuestiones económicas por la ganancia de los empresarios, y nunca por las pérdidas de los obreros. En este egoísmo vió el jóven conde de Cavour el gran crimen que encontraría en sí mismo el castigo, condenándose á la esterilidad. Por tanto, añadió al final de su memoria sobre la sericultura lo que en su tiempo no habia sido capaz de pensar ni se habia atrevido á decir ningun hombre de Estado de la Francia de enton-